

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANÁL DE BELLAS LETRAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. 10 rs.	Tres meses. 24 rs.	Tres meses. 30 rs.	Tres meses. 40 rs.
Seis meses. 18	Seis meses. 40	Seis meses. 50	Seis meses. 64
Un año. 28	Un año. 76	Un año. 90	Un año. 112

NÚM. 9.

Domingo 26 de Abril de 1868.

UN REAL.

SECCION I.^a

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO V.

— ¡Miren, dijo Sancho, que doctorcico y que recorte de mánaga! pues yó hago saber á su señoría, que con una cena carretera tienen para comer un caballero andante y su escudero como una semana; y con los relieves aún háy con que hacer voluntad de cenar otra semana y média; pues que tanto como todo éso tiéne de finura y delicadeza este gran oficio, él cuál á los pocos días hace y vuélve al mas robusto y frésco hidalgo más transparente que cristal de faról, que nó téla de cedazo. ¡No sinó venirme á mí con graciosidades y lindezas!

— No háya mas, dijo severamente Don Quijote.

— Aquí tiene su mercéd, prosiguió Sancho, un andante caballero, que dió mil veces chásco á la hambre misma; pues que sólo se sustenta de pensamientos, nuevo género de invencion maravillosa.

Con una docena de áyes y una ónza de recuérdos es capaz de pasarse todo un año, y éso con mas sabiduría que Merlin y mas hóna teología que una cadémia romana, y enderezando entuértos todo el día.

— ¿Y qué són esos entuértos, dijo el carretero. ¡Será su mercéd, acaso, cirujano!

— Es más que cirujía y melecina, este asunto, dijo Sancho; y ló de entuértos es larga matéria, señor mío; pero bien lo comprenderá su mercéd con que sépa que entuéрто vále tanto como enfermedad de encantamento. Y asi

puede estar encantado un molino de viéto, como un batán, como un rebaño de ovejas ó una bacía de barbero. Y es de saberse que háy gigantón tamaño como un navio, que boniticamente se contiene bajo la cáscara de un piñón menos que mediáno.

— Rióse Don Quijote de la difinición de Sancho, y él de los cárros dijo.

— Sus mercedes estén y permanézcan cuándo, y cómo y hásta tanto que gústen en él háto, que él que tiéne hacienda há de mirár por élla á todas horas, y no sóbra nunca el ójo por la nóche.

— Y con ésto fuése por el mónte. Y decia Sancho.

— Siémpre se ha de hacer mercéd lá que se pudiére, y és misericordia enseñar ál que no sábe; háрто más, siéndo tan pintoresca la persona, como éste pecador que aquí ha llegado. Y es brávo carretero, á lo que alcanzo; y lós que á vuésa mercéd parecieron rullós de tórtolas y cantares de pájaros no són sinó cencerros de los buéyes.

— *Retórqueo*, exclamó Don Quijote; pues tanto como éso es decir que son cántos de áves ésos que tómas y cuéntas por cencerros. Y en cuánto á tu explicacion y óbra piadosa, Diós se lás dé mejores al Caballero. Y á fé que á no ser por su castellano language, y á juzgár solamente por su estámpa, bien digera yó, que no por aquí, sinó por las mismas grútas de Sicilia nos habia vomitado al mundo Atapuerca el anciáno.

— Con que el buén caballero recostóse al pié de un álto álamo y frondoso, y Sancho con los aparejos de su rúcio fabricóse una cama muy mejór que lá de su ámo; y por tener cerca de sí cosa alguna comestible, acudió luégo á dárla su camino, echado bóca arriba con gran fléma. Y dijo Don Quijote.

— Figúraseme que estás, Sancho, desvelado.

— Y bien dice su mercéd, contestó Sancho; que no sé aderezarme buénamente, á causa de haber por aquí tanto raton montero.

— Oíles mucho roér, dijo Don Quijote.

— Y yó, contestó Sancho; mas no háy hacer caso de éellos, señor mio.

— A mas, dijo Don Quijote, pareces, y mucho, resfriado.

— En la voz, dijo Sancho, su mercéd debe haberlo conocido, y es así por el relente de la nóche.

— Y pasó desapercibida la razonable cena de Sancho. Y apenas habia reconciliado el sueño, exclamó Don Quijote.

— Advierte y piénsa ahora, hijo, la magestad de esta noche suave y tranquila; el cántico lejano de los insectos y reptiles, ésa brillante rúta de los ástros, el intermitente movimiento de las cópas de los jarales y las encinas, y el celoso latido del mastin guárdador y vigilante. La noche es el espácio destinado á la meditacion y oracion santas, y huye de élla la luz para evitarnos toda disipacion y pasatiempo. Y créa y publica graves y sublimes armonias; y primeramente desenvuelve ese portentoso manto de los cielos, sembrado de estrellas, pendiente de excelsa diéstra de Dios sólo.

Baña ahora el álmo sol otros confines, mas, no deja por éso de atender al concierto de los órbes todos. Y no hay mas que ún solo sol, porque á haber ótros más, ninguno hubiera. Y son esas estrellas así como los séres superiores asistentes al trono omnipotente. Y siguen los planetas caminantes alrededor del sol en comitiva solemne magestuosa y necesaria. Y ván en tórno de éstos los satélites como compensadores de las fuézas, distancias y tamaños, facilitando el grande movimiento de esta máquina inmensa, bella y sábia. Y tan sólo en la tierra el hombre habita, apesar de su mole tan pequeña, porque aquesta cuestión no es de tamaño.

Pero nada reposa en vil inércia. Y, como al revolverse este sistema, tantos cuerpos nadando en el espácio con su gran cantidad de movimiento pudiéran rebasar sus jústos limites, por donde es menester préstos acuden los imponentes, diáfanos cometas, luéngos reguladores revestidos de sus blancos y aéreos ropages. ¡Cuánto aprendieran, ¡ay! humanos ojos, si supieran mirar tan gran gobierno!

— Sancho (como todos los Panzas), dormia profundamente, arrullado por el compasado canto de las palabras de su ámo; y éste, que se notó sin auditorio, acabó por dormirse de cansancio.

Amanecia yá la aurora por la rosada frénite del Levante, y comenzaban á inquietarse los

alegres, bulliciosos pajarillos, y á mostrar las velludas hójas de las plántas, como en verdes bandejas, los diamantes purísimos de la escarcha, cuando el honrado carretero, fránco y leál cuanto noble y generoso, vino á ofrecer á sus huéspedes, no lújo ni ótras ficciones, sinó blanca, espumosa y caliente leche, que de sus ganados se habia procurado, diciendo así.

— Bien pueden sus mercedes beberla en confianza, que es fruto natural y própio de estos campos, y no de las ciudades ni las córtes, donde sólo se estiman, no digo la verdad, sinó el artificio. Y mucho más sabroso es aquí tan modesto agasajo con la tranquilidad de estas campiñas, que allá manjares costosos, donde tantos sacrificios les consumen.

— Mucho de éso sabéis, dijo Don Quijote, y háрто se os alcanza de achaque de córtes y cortesanos.

— Pésia mi mala suérte, señor caballero, contestó él de los carros, motivos háy sobrados á mis alcances; y éso y todo con este género de vida que aquí vivimos, que quita y máta las fuerzas y álas del entusiasmo y déja en sobrada frialdád al corazon y la cabeza; además de que, siéndo este pais pobre demasiado, y sin magnanimidad, que es su capital defecto, á todos nos hace humildes y cobardes en los hechos, pequeños de ideas, bien que sensatos siémpre y religiosos. Y aquí hallará su mercéd la conversacion recelosa, la sospecha larga, los celos de la fortuna agena en punto máximo con no poco perjuicio de la comarca.

— Pues, como éso tenga remedio, interrumpió Sancho, haga cuénta su mercéd que dió con la misma horma de su zapato, por ser aquí presente el Señor Don Quijote de la Mancha.

— Es cosa lisa y llana, añadió Don Quijote el rehacer y renovar esa Castilla prontamente; para ló cuál lá bástá y sóbra que la éntren por todos cuatro costados otros tantos andantes caballeros; ó, para hablar mas llanamente, que me éntre yó, que la bástó y áun la sóbro.

— ¡En la mitad de la cabeza lá pegamos! dijo Sancho, ¡y digo si será remedio ése! Más, ¿no oyó su mercéd cosa ninguna del invicto Caballero de la Triste Figura?

— En todos los dias de mi vida, dijo el carretero.

— Atájame esas borregas, exclamó Sancho, y cómo están vuecelencias malparados! Y hága cuenta su mercéd que es más esa Castilla en punto de inocencia y desamparo que los desiértos de la Tebayas ó de las Nútrias!

— Thebáida y Nítria, Sancho, dijo Don Quijote; que por esas y por otras menudencias y flojedades se ponen las tierras própias muy por debajo siémpre de las ajenas.

— Bástame, dijo él de los carros, que són sus mercedes cumplidos caballeros, con lo cuál lo arreglo todo, como no sea el avío y las maneras, que, á decir verdad, me tienen más que confuso y pensativo: pero, no es esto gran cosa, cuando tan fácilmente en estos tiempos tanto y tanto se vé, tan nuevo y raro, que ya nadie repara en lo que encuentra.

— Terminado el breve y agradable desayuno, el primer rayo del sol había ya dominado la cumbre de la vecina sierra, y las hébras de oro del astro de los astros se esparcían por los prados y colinas dando colores y hermosura á las florestas. Las vacas, hasta entonces como yertas, y los rugosos dóciles mastines sacudían la pereza, dando con sus mugidos y esperezos señales de vida y de contento; que es él de la naturaleza ejemplar lenguaje y sencilla y magnífica elocuencia. Y unciendo el carretero con sus criados la interminable fila de los buyes de la sonora y soñolienta carretería, al compás de las voces y los cencerros las poderosas cuanto humildes bestias comenzaron la ruta, durante la cuál dijo el buen castellano estas palabras.

— Pues digo, señores (porque las desdichas contadas hallan alivio), que yo me llamo Juan de Castellanos, y soy vecino de un pueblo de aquí no muy distante. Tengo una sola hija, que lleva por nombre Rosa, que por ser tan bella, debieron de buscar nombre que la conviniese. Y creció la hermosura con ella de manera, que vino á ser el ídolo del pueblo, cuando yo, alejado de mi casa, á causa de los quehaceres de mi oficio, ganábame la vida por diversas provincias de esta España.

Salido yo de la casa paterna con mis únicas compañeras la pobreza y la ignorancia, ni enviaba noticias de mi vida, ni pudiera verificarlo aunque quisiera; pues, no sabiendo de letras, era la diversion y hasta el juguete de los que las sabían, que me engañaban á su antojo, llegando á no creer yo jamás lo que contaban.

— Eso es lo que yo digo, interrumpió Sancho; que es un grandísimo ignorante y desgraciado él que no sabe de letras y no quiere enseñarlas á sus hijos. Y la ignorancia nació para ser esclava y para señora vive la ciencia. Y engañase de medio á medio el barbero de mi aldea al decir que las letras son dañosas, especialmente á las hembras; pues yo sé que el diablo no duerme, ni es maestro de escuela, y hace con los ignorantes lo que con los sabios, y mucho más que con éstos con aquéllos. Y peores que las letras són las mañas, trázcas y artificios. Y rey de ignorantes es emperador de salvajes, y nación de ellos nación de males. Y quien no sabe no vé; y un ciego, y otro, y otros cien todos dan en el pozo; y dime lo que sabes

y te diré lo que vales; y si llegaste á bruto, bruto serás tú, tu casa y tu fruto.

— No te interrumpí, Sancho, esta vez, dijo Don Quijote, aunque como siempre parecías carraca desatada, porque nunca hay decir bastante de ese asunto, dígame cual se digere. Anda, hijo; di, habla, patéa, cocéa, atropella, muéle, máta, infama y descomulga á la osada ignorancia y á todos sus patrocinadores y defensores, bárbaros ciudadanos negros y á tiéntas del reino de Pluton en los infiernos; y oye, escuchá, respeta, alaba, ensalza y levanta eternos monumentos á la imperial sabiduría; con esta precisa condicion: que sea católica; porque has de saber, Sancho, que humana ciencia sin ley, y sin ley de Dios, es la más estúpida de las ignorancias; puesto que no háy saber que no caiga bajo el dominio del bendito Cielo, fuente de toda luz, remedio de todo mal, triunfo de todo obstáculo, facilidad de todas dificultades, bálsamo de verdadero consuelo; tranquilidad, convencimiento, paz y acierto en todas las cosas.

— Descansado debió quedar su merced, dijo Sancho, si yo fui largo en demasia.

— Cosas hay, Sancho, que jamás son enojosas; y prosiga el señor Don Juan, que le dejaste con toda la boca abierta cuanto un palmo.

— Pues digo, continuó el señor Castellanos; que hallándose mi pobre familia en la necesidad de buscar recursos como pudiere (pues es difícil hallarlos, y riqueza bien ganada cuesta la vida entera y un ojo de la cara).....

— Apunta ese, Sancho, que lo vale, dijo Don Quijote.

— Se acordó mi esposa (continuó Castellanos), que se llama Clara, de una parienta suya que vivía en Madrid en la opulencia; y en ella vió mi desgraciada consorte el bien y el porvenir de mi pobre hija.

Llegó en efecto, el día del viage, que fué para todo el pueblo como el último del mundo. Lloraban todos de tristeza, y hubo pastozuelo, que, deshechos en lágrimas sus ojos, besó por espacio de muchos días las huéllas que la Rosa había dejado en los floridos campos de la aldea; y aún maldijo mil veces, las de un hermano suyo que la acompañaba.

Nada os diré, señores, de la llegada á Madrid de mi desventurada hija. La casa de su tía, la señora Marta, no hay palabras que pinten ni describan. Vivía ésta señora con un hombre todo holgazanería y todo negocios, pobreza y riqueza, amor é indiferencia, privaciones y lujo, luto y algazara, cosas todas al recto juzgar contradictorias, y con todo y con eso naturales. Todo era misterio para la pobre criatura, á la que no era permitido pronunciar ni decir una sola palabra.

Dieron de vestir medianamente á la niña

con los vestidos andados de la señora Márta, que era dudoso decir si fuéron nuevos para ésta en algun día; pues habia, en verdad, tan grande escasez de lo necesario como magnificencia en la sala y gabinetes, en los que tanto entraban y salian los vendedores del Rástro como los magnates caballeros, sin otra diferencia que las horas.

La señora Márta, tan satisfecha como parecia de su suerte, limpiábase á escondidas por la noche las abrasadas lágrimas de sus ojos, que ésto lléva siempre consigo el mal camino; mas, ese menester de llorar, tan natural en los que no dan al olvido sus deberes, fué la señora Márta dando al olvido, porque tambien las lágrimas tienen medida, y quedando el corazón seco sin ellas, el rostro se vuelve mármol, y toda sensibilidad desaparece. En tan extrema situacion las gentes no són ya humanas personas, y van á dar al crimen desatentadas.

No habia, repito, en aquella casa hora metódica en el curso del día ni de la noche; ya se pasaba ésta en la tumultuosa orgia, ya en todo aquél no se abrian los balcones. Era ¡ay Dios! mi pobre Rosa la eterna vigilante y la portera de aquella negra mansión; y alguno de los ébrios de aquél desorden, tal vez, al bajar las escaleras miró al tierno ángel de mi alma, considerando su porvenir y su belleza. Rosa hacia los recados, Rosa limpiaba la casa, sin licencia jamás para levantar los ojos del suelo, pues no háy tal reglamento tiránico como el del vicio; y, á veces, se veia obligada á devolver todas sus ropas, que inmediatamente tomaban el camino de la prenderia, ó del prestamista.

Y amaneció un día en que la señora Márta habló de este modo á mi hija. «Rosa: ya tú sabes como están muy malos los tiempos y háy que procurar la vida con mucho trabajo. Mi señor Blackéts háse marchado forastero esta mañana, y no nos queda ya en casa cosa alguna. No puedes venir en mi compañía pues que yó no puedo sufragar mis propios gastos; pero, luego que yó marche puedes ir á la casilla de la Margarita la lavandera, que élla cuidará de tí por ser mi amiga.» Y poniendo dos reales en la mano de la aturdida Rosa, bajó por las escaleras como volando.

Una lágrima como la primera perla que brotó del nácar asomó á los hermosos ojos de mi Rosa; pero las palabras y el recuerdo de la inmovilidad de las facciones del rostro de la señora Márta helaron aquella lágrima en los párpados de la niña. La inocente abandonada, despues de un momento de indecision, siguió como yédra tierna la direccion del trónc que debia sustentarla, ó como los pensamientos del jardín se suben á lo álto, gastando toda su

energia en procurar ver el cielo: bajó precipitada las escaleras, llegó á la calle y corrió por toda élla; mas, por causa del cansancio y del mal calzado que traía, vino á dar consigo en tierra, llena de pena, ansia y aturdimiento. Levantose tan pronto como la fué posible, y su primer movimiento fué mirar al lejos, y vió á la señora Márta subir á un carruaje, que desapareció súbitamente.

— Aquí llegaba la relacion de Don Juan de Castellanos, cuando vió Don Quijote venir corriendo hácia él á caballo á todo escape un gordo sugeto, que, más que hombre, parecia buitre alado, haciendo mil contorsiones espantables. El animal se deshacia todo en saltos y cóces, aquéllos de mal rocín, y éstas sobre toda ponderacion descompasadas; con lo que el precipitado viagero andaba casi por los áires, doblándose como muélla, muy á disgusto suyo; dejando allá el sombrero y acullá la capa, repartiendo muy mal toda su hacienda. Y mucho mas atrás venia pausado caballero en una mula andariega una seria y abultadísima persona, vestida de talar negro, y eclesiástico sombrero, guarecida bajo un inmenso parágüas, amen de unas alforjas que metian un ruido desusado. Y Don Quijote partiendo á galope como un rayo, la lanza en ristre y el rostro echando chispas, fuése contra él que tan mal corria á grandes voces gritando:

— ¡Alto ahí el malandrín y mal andante, que así fúye y evita la contienda con el gran Alifanfarrón, Señor de todas las Indias de mar y tierra, por otro diverso nombre Panchopan-zudo! ¡Alto, digo, el cobarde, espantado y aturdido, que es méngüa miédo tanto, y en buena lid se vénen las batallas! ¡Alto el mal caballero, ó por la sin par Dulcinéa del Toboso que me vuélva yó ahora grifo, fúria y trásgo del mismo averno á fin de corregir miseria tanta!

— Y sin mas miramiento embistió con toda su fuerza al fugitivo, que si no se hubiera dejado caer de la cabalgadura, fuera para él pésima é incorregible la locura de Don Quijote.

— Sancho, que pronto echó de ver todo aquel caso, decia á voz en grito, pateando:

— ¿Qué es lo que su merced, el tristemente figurado, emprende y hace? ¿Pues, no vé ¡pecador de mí! que si ese buen hombre camina tan de priésa, no es sinó muy en contra de su gusto, pues no háy quién tenerle pueda en semejantes danzas y corcovos? Pues, qué no diéra él, señor mio, por irse mas despacio, y mandar en los piés que le conducen?

— Y en cuanto Don Quijote vió al volador ya derribado, llegóse á él, púsole la lanza frente al rostro y le dijo:

— Dése por vencido, rendido y rematado el muy sándio caballero, y confiése el follón que

es la señora Dulcinéa del Toboso la mas hermosa señora del órbe todo, y su sin pár caballero el más pródigo y justo desfacedor de los agravios, como aquí en este punto se está viendo.

— Confesarme bien querría, dijo el caído, que no me ha quedado costilla sana en todo el cuerpo.

— No es éso, Malambruno, dijo Don Quijote; que esta confesion es solamente profana, y no vá ahora por via de sacramento, sinó por ley de andante caballería.

— Y, ¿qué és lo que he de hacer de esa señora?

— Confesar que Dulcinéa es la mas hermosa criatura, y contád que sinó vós enclavo en tierra.

— Pero, ¿si no la ví en toda mi vida, ni jamás tuve que ver cosa con élla!

— ¡Buena la ficiéramos si en tanto andáramos! dijo desesperado Don Quijote. Y despache, hermano, que con todo ésto se me vá y se me fúye el de Trapobana.

— Digo, contestó el averiado, que confieso todo lo confesable; y tambien lo que no entiendo.

— Bien está, dijo Don Quijote: y ahora hacedme juramento de permanecer inmóvil en este sitio, mientras voy á desbaratar á aquél vuestro enemigo, y causa voluminosa y resonante de vuestro inaudito descalabro.

É inmediatamente partió El de la Mancha contra él del parágüas (que picaba que era un primor su poderosa mula), gritando desaforado de esta suerte:

— ¡Ea, el gran Alifanfarrón de todas las Indias! ¡Mira y vé que es un solo denodado caballero el que á singular liza te provoca! ¡Vuélve el róstro y verás á Don Quijote que no tiémbla tus artes ni tus mañas! Y, apenas llegó á él, cuando arremetió el caballero con el gordo sugeto (que ni aun por éso perdió los estribos), contentándose con inclinar un poco la cabeza, sobre la cual pasó como dardo la lanza de Don Quijote, sin hacer otro daño sinó taladrar el inmenso parágüas y llevarse al paso una muy buena cantidad de la tela de sus alas. Y viendo tal comportamiento Don Quijote, exclamó!

— Puesto que vuestra averigüada cobardía no áceta la batalla, y perdió sus mas voluminosas prendas en la liza, dése por rendido y á mis órdenes y entrégue me el japonés quitasol que conduce, mientras se dispone, sin mas tardanza, para ir á besar los piés á mi señora Dulcinéa en los régios alcázares del Toboso.

— Mire su mercéd, respondió el inalterable acometido, que sólo soy caballero de la milicia de Cristo, y que ése que ós lleváis no es quitasol japonés, sinó parágüas católico.

— ¡Por vida de mi agüelo, el más circunspecto de los Quixadas, dijo Don Quijote, y á cuándo esperásteis á decirlo! Con que soís, según éso.....

— Arcediáno de santa Iglesia, ni mas ni menos.

— No contaba yó, dijo Don Quijote, con esta aventura ordenada «in sacris», ni quiero en modo alguno incurrir en aquéllo ótro de «si quis suadente diabolus»; pues sépa el señor Archidiácono que en lo de católico no há, ni puede llevarme ventaja; que lo soy, y quiero sérlo en tal manera, que no se me ponga delante, eclesiástica, ó seglar, persona alguna.

Con qué su reverencia el señor doctor, áutor (que así justamente todo lo júzgo para el puesto que ocúpa), de obras dignas de imperecedera fama, ó fundador de sábios institutos, orador elocuente de la reina y señora de las elocuéncias todas, que es la sagrada, vendrá por ventura de sus ejercicios de oposicion para tan álto lugar como él que ocupa?

— En lo del doctorado, contestó el Arcediáno, puede que llégue á sérlo andando el tiempo, é iré á Toledo para el efecto; en lo demás no hay tal como se me dá por supuesto, por no sér necesario.

— De manera que ahora, según éso.....

— No se exigen tan espantables cuanto superabundantes requisitos, dados y concedidos solamente á génios privilegiados y harto escasos.

Al número siguiente.

SECCION 2.^a

ROMANCES ESPAÑOLES.

SÁNCHO EL FUÉRTE DE NAVARRA.

IX.

Giafar.

En una sala morisca
De alizar álto que bordan
Trenzados de gran relieve
Con estrellás, letras y hojas;
En medio y bajo del techo
Que seis columnas soportan
Sin basas, cual si naciesen
Del pavimento monólitas,
Están Jucéf y Don Sancho
En un ataifór con zofra.

Hay al lado cuatro cisnes
En un estanque que arroja
Por un surtidor de água
Una corriente de aroma,
Que embalsama el aposento
Más que el pebete de gomas
En que quema el africano
La mitad de su corona;
Y alrededor de la estancia
Cantidad tan asombrosa
De flores várias que nacen
En tiestos de todas formas,
Que más un jardín parece
Que habitación de personas.
En diáfanos altamías

De cristal, bullen y flotan
 Peces blancos, negros, rojos
 Que se aumentan y aminoran
 Según van dando la vuelta
 Por la taza á la redonda,
 Y vuelan de un lado á otro
 Y erían entre las hojas
 De los arbustos mil aves
 Que pían, cantan y adornan
 El recinto reservado
 Donde el Rey pása sus horas.
 — Y dice Don Sancho el Fuerte:
 — No ha de ser como ós antoja
 Pero sólo de aquel modo
 Que conviene á nuestra honra.
 Vine aquí pues lo quisisteis,
 Aben-Juef, que fué obra
 Para el Reino de Navarra
 Sobrado dificultosa;
 Y és ya fuerza dar la vuelta
 Do hace falta mi persona,
 Pues los réinos de Rey huérfano
 Malamente se acomodan
 — Bien está contesta el moro,
 Sorprendido y que denota
 En el ceño con que mira
 Lo que aquel dicho le asombra;
 Mas sera cuándo en Marruecos
 Ya no reste que hacer cosa
 En obsequio al Rey Don Sancho,
 Pues no tanta priesa agobia
 Que no dé bastante espacio
 A las huestes que se aprontan
 Desde Arabia hasta Mequinez
 A rendir en ceremônia
 El tributo de respeto
 Que se juzga de mas monta.
 — Pues contád por recibida
 De Marruecos ésa y todas
 Cuantas párias de homenaje
 Intenteis poner por obra,
 Que ótras tantas la Navarra
 Prudentemente os retorna;
 Que el honor que está por medio
 Mas dilaciones ya estorba,
 Y es tal la intencion que hice
 Que no háy quien la descomponga,
 Juzgáran del Rey Don Sancho
 Que su deber abandona
 Y está en tierra de Marruecos
 Dado á zámbras deleitosas,
 O en amores gasta el tiempo,
 O en alifáras y trovas
 Y vende todo su Réino
 A una pasión que le compra;
 Y el Rey que lo és de sus pueblos
 Esclavo ha de ser en obras
 Del juramento que hizo
 Al aceptar la corona.
 Y si fuese, por acaso,
 Que dió en aquesas, ó en otras
 Livandades; pues rey siendo
 Aun es hombre en ley forzosa,
 Ojos tenga porque véa,
 Y séso que reflexiona,
 Y voluntad con que venza,
 Y fortaleza tan solida,
 Que se estréllen contra élla
 Las mas fuertes maniobras.
 ¡Pésia mi! ¿Qué són los hombres
 Coronados de lisonjas
 Si á los piés esclavos viven
 De una pasión insidiosa?
 De esforzado el nombre vale
 Por mil triunfos y coronas,
 Que no háy hombres en el mundo
 Si de si mismos no brotan
 Renaciendo de la muerte
 De su ruína y su deshonra.

— Atónito queda el moro
 De oír semejantes cosas,
 Que el Korán no le há enseñado,
 Y cási de rãbia llora,
 Pues la verdad donde cáe
 Deja siempre huella hõnda.
 Y sucede buen silencio,
 Durante el cual no se nota
 Mas ruido que ál de la fuente
 Que varia y que colora
 De verde, azul y amarillo
 De tiempo en tiempo sus óndas,
 O el pausado movimiento
 De la lámpara que forma
 Sombras, varias, vários círculos
 Sobre el campo de la alfombra.
 Y visto que nada añade
 El Marroquí, su garzota
 Toma el Navarro en sus manos,
 Y componiendo la undosa
 Pluma leve, que en el aire
 Betembiente y muelle flota,
 Dice así:—Pues que es preciso
 Cuanto os digo, quise agora
 De adhesión prueba pediros,
 Y, por cierto, no costosa.
 — ¿Y ha de ser?
 — Los servidores
 Del Africa me acomodan,
 Aben-Juef, y aquí háy uno,
 Que si se venden y compran,
 Díera por él un tesoro,
 Que es antojo y se me antoja.
 — ¿Su nombre?
 — Gíafar.
 — Y es fuerza?
 — Poco suceso os asombra.
 — Si es que vive, será vuestro.
 (Por Alá, que es fácil cosa
 Dar el réo á su verdugo).
 — (Y Don Sancho aliento cóbra
 Al pensar que vida aún tiene
 El que busca y nunca lógra).
 Aun no ha pasado un momento
 Y un jóven al quicio asoma
 Moreno, gallardo y firme,
 Que no háy planta mas hermosa
 Que la súya en los dominios
 Que entrambos monarcas gózan.
 Don Sancho la color vuélve,
 Crée el moro que de cólera,
 Y siente que sus dolores
 Viendo tal se le mejoran.
 El jóven está impasible
 Y dice el moro;—No es óbra
 Sinó de solo un instante
 Que en este algüarin nos óiga
 Todo Féz, si así hace al caso,
 Según la invencion costosa
 Del arracéz damasquino
 De una altiva galeota
 Que vino desde el Oriente
 Sin otro objeto á esta costa.
 Así que ya no os sorprenda
 La venida aquí tan pronta
 De Gíafar, que ageno de ésto
 Yacía en su yerta alcoba,
 En donde viviera poco
 Por lo mucho que hace y ósa.
 Desde Arabia aquí ha venido
 Con promesas siempre locas,
 Y tales planes emprende,
 Y empresas tan áltas toma,
 Que ha de salir mal con éllas,
 Por mas que juzgue otra cosa.
 Y pues es vuestro deséo,
 Rey Don Sancho, desde ahora
 Vuestro séa; porque en Africa
 Mas que me sirve inficiona.

Brilló la vista del joven
Tal oyendo, cual la roja
Luz del sol cuando entre nubes
Su luciente rayo asoma;
Y Don Sancho nada dijo,
Y Jucéf no abrió la boca,
Y Gíafar siguió á Don Sancho,
Todos tres místicos de sobra.

Al número siguiente.

SECCION 3.ª

COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

EL DINERO.

Bien pocos, contados són los hombres que han pensado debidamente esta palabra: con todo éso es de las mas ridículas que se pueden presentar.

¿Querrán ustedes creer, pero de buena fé, que es lo principal, que los señores economistas se nos han salido con toda formalidad de la cuestión, y siguen tan hoyantes por los cérrros de Úbeda?

¿De qué están tratando? ¿de qué se ocupan noche y día? Pues no es otra su empresa sino entenderse con el mismo Cán Cerbero.

¿Por qué no prospera la agricultura? Por qué el labrador no tiene médios? ¿Por qué la industria no adelanta? ¿Por qué faltan los recursos? ¿Por qué nos morimos de sed? ¿Por qué no se canalizan los ríos? ¿Por qué el comercio está paralizado? porque no hay dinero. ¡Admirable dinero!

Es una cosa para mí la mas divertida y lamentable leer en todos los periódicos del mundo la inmensa multitud de artículos que se escriben con el fin de levantar de su decaimiento á la industria, á las artes y al comercio; y la buena fé completamente engañada de tantos hombres honrados, que no tienen más contra sí que el no ser islas del Océano, que acierten á sacar la cabeza sobre el mar del mundo en que fluctúan.

¿Y por qué tantas dificultades? porque no basta el dinero que tenemos: porque el dinero es poco y las necesidades muchas. ¿Y en qué nos ocupamos? Ni mas ni menos en arrebatarnos los unos á los otros los miserables restos de numerario que nos han quedado todavía. ¡Portentosa ceguedad! ¿El uno hace paño á diez duros? y hé aquí otro que le fabrica por cinco. ¿Un editor dá las entregas á cuatro cuartos? inmediatamente ótro las ofrece á cuartos; y tengo fundadas esperanzas de vérlas, Dios mediante, á maravedí, dentro de poco. Y de aquí la abyección del arte y de la ciencia; de aquí el no poderse hacer cosa de fundamento; de aquí el trabajo sin premio, de aquí el desmayo de los hombres entendidos; de aquí que el mundo se háya convertido en funcion de magia.

Y para sorprender y sacar del bolsillo ageno el poco dinero que conserva, ya no se repara en médios, sean los que se fueren. Y de aquí la invencion de los golpes de efecto, la frivolidad, el apláuso de las sorpresas de mas mal género y la colosal invencion de la financiería; y á poco digo fatuchería, como los antigüos toscanos.

En una palabra, señores: estamos jugando á la rebatiña con nuestro ultimo dinero.

Y por éso hemos vuélto á ser alquimistas, y casi no háy hombre ya que no sea químico-cocinero, que con bata, zapatillas y gorro blanco no esté sópla que sópla con su fuélla avivando la lumbre que sostiene el crisol entre las áscuas, todo muy en silencio por supuesto. A los pocos días un alquimista de éstos saca de su cubil la maravilla de arrancar los cánceres sin dolor: ótro el arte de no morir: ótro el de sembrar el pelo sobre la mas pelada calva para que nazca yerba en aquel páramo; y tal y tan formidable escuadrón de tonterías, que el hombre de tranquilidad y de experiencia no puede menos de decir ¡Oh sanctas gentes!

¡Los bancos! ¡cuánto es lo que se habla de los bancos! Y vámos á ver con calma; ¿qué es un banco? Una sociedad que se emplea en hacer dinero multiplicándole con el crédito. No se asusten ustedes, respetables señores; el huevero de Fuen-carral que compraba huevos grandes y hacia de cada dos tres chiquitos en su almacén de Madrid. Multiplicar el dinero; procurar dinero; pero no trabajo. Alquimia pura.

Y aquí está ya el Cán Cerbero. La riqueza verdadera es el trabajo; pero nosotros decimos que el dinero. Aquí las dos cabezas: la tercera es la estafa de los hombres sin aprension.

Un banco hace dinero; los gobiernos hacen dinero, todos anhelan hacer dinero, y ¿quién hace trabajo? Nadie. ¡Quía! ¡si el trabajo ya no vale mas que el numerario que dán por él! ¡Señores! ¡vendimos nuestras joyas y fabricamos un becerro!

Agricultura: decidle al labrador que segun su trabajo tendrá el premio y no tendréis que ponerle las máquinas delante de los ojos. Hoy no tiene mas premio que el precio del dinero en el mercado público. Decidle al artista que su trabajo será recompensado y no descansará. Hoy no se le pueden pagar sus obras porque no háy dinero.

Estamos pensando en socorrer las necesidades del póbrey no hay dinero: dad trabajo al póbrey y tendréis hombres virtuosos y con qué pagarle.

Dicen que nada se ha adelantado con suprimir las fiéstras, porque de los seis días de la semana el trabajador no tiene trabajo para tres: ¿por qué? porque no hay dinero.

Finalmente todos exclaman: ¿cómo hemos de trabajar si nada se recompensa en España? Nada se recompensa porque no hay con qué.

¿Y la materia más espinosa que són los tributos? Esto es lo peor: para tener numerario se mata al trabajo, y se vá de mal en peor. Por la horrible fuérza de la necesidad. Dios os libre de producir algo ó producir mucho; porque tenéis ya encima el demonio de la estadística que es el diablo mas averigüador y ansioso del mundo.

Yó he oido, con riesgo de volverme loco al oírlo, que el mejor hacendista es el que saca mas dinero de la nación. Y así se ha confundido el expedienteo con la administracion. El barullo de la forma devoró la esencia de las cosas. Y de ésto llevamos siglos.

Conozco como el que más que el desenvolvimiento de este plan exige un modelo de virtud y de ciencia, y que es costoso practicar esta teoria nueva; pero es la verdadera. Ella vendrá pronto ó tarde.

Si fuésemos una nacion como las del corazon de la Europa, en contacto con muchas ótras, la empresa sería difícil al principio; pero dige que podemos nosotros chinizarnos y dar ejemplo al mundo. E importaría bien poco la déuda flotante ó por flotar; y no tendríamos que convertirnos sino á la vida nueva; y no habría que acudir al prodigio del huevero de Fuen-carral.

Entónces este pueblo español, todo génio y vida, no se vería esclavo de la astúcia de la fingida industria; ni las ridiculas industrias ocuparían el alto puesto que hoy ocupan; pues se inventaron, contra la ley de la naturaleza, sólo para procurarse dinero, que no honra ni glória. El refinamiento churri-queresco del siglo es hijo, en su mayor parte, de la escasez del numerario. Como es hija de la misma causa la prostitucion.

Dad premio al trabajo y sólo al trabajo y borraréis millones de crímenes y la ley de vagos. Cómen hoy muchos que no trabajan ni producen; segun este sistema nó: «Trabajo igual á papel moneda».

Ya hay pueblos que van á la plaza todos los días con billetes de verdadera moneda, y que están tan acostumbrados á tan beneficioso y natural sistema, que no ha de asustar jamás á los hombres sabios y de buena fé. Descartad de la Exposicion de París los trabajos hechos tan solamente con la idea de conseguir dinero y no sé como se quedará la Exposicion. El mundo, en fin, es natural que trabaje para subsistir; pero no es racional que se dedique al juego de cubiletería de hacer venir á un bolsillo dado la fortuna de los demás.

¿Y se quejan de que no existe el amor de la glória, del heroísmo y de las grandes cosas! ¿Qué glória ha de haber para el que no tiene tiempo de pensar en élla, pues que le necesita todo para ocuparse de llevar una varita de siete virtudes que atraiga algo de la moneda que los demás poseén!

El comercio que es una lotería de dinero no es comercio, ni el que se emplea en negociar moneda: el comercio es el que con inmensas alas trae y lleva, proporciona y facilita los grandes elementos de la vida; no el que se consagra á la alquimia.

Y tambien es una verdad que no es necesaria la intervencion de los poderes ni de los estados del mundo para la radical reforma que se necesita. Basta una asociacion de hombres que se comprometan á llevar un grán libro con conciencia, y á dar y tomar billetes en vez de dinero. Precedido el acuerdo la consecuencia es fácil. Hé aquí una sociedad *antimonetaria*.

SECCION 4.^a

VARIEDADES.

Solucion de la charada del número anterior.

An-fi-bo-lo-gia.

CHARADA.

1.^a y 3.^a

Magnífica defensa para la batallas materiales e inmateriales: muy bella palabra, á tiempo, en la boca de una jóven: cosa que es menester que no haga nunca un hombre honrado.

3.^a y 2.^a

Yó las buscaría en el Líbano, en la preciosa Liébana, en las orillas del Ebro allá en Besantes; en los sitios, en fin, donde mi alma encuentra ámpliamente poesía.

EL TODO.

El loco de mas talento.

Respuestas á preguntas de este periódico.

¿En qué consiste que los hombres de poca instruccion dan siempre al mundo una antigüedad sin limites?

— En que están siempre acostumbrados á ver que con el tiempo y sólo con él adelantan y progresan todas las cosas. Observan que los conocimientos humanos nacen, se mejoran y se encumbran sucesivamente á fuerza de desvelo, de fatiga y de años: y como en las mas remotas edades del mundo hallan ya los mas grandes y trascendentales problemas rasueltos, van á dar á la consecuencia que la solucion de tales problemas supone una civilizacion antiquísima y una porción de siglos transcurridos.

Esto, sin embargo, no es exacto. Los primeros dias de la humanidad tienen adelantos pasmosos porque están inmediatos al primer estado de gracia del primer hombre; monarca destronado, en verdad; pero al fin monarca. El hombre recibió de Dios todos los elementos de su civilizacion. Ningun escritor ós contará el inventor de los útiles y menesteres mas esenciales de la industria; así como ós dirá lo que el refinamiento del hombre há hallado despues. Lo absolutamente necesario es donacion de la gracia del Criador. Segun nos acercamos al principio del mundo no nos aproximamos al estado salvage, sino al claro manantial en que nace este inmenso río de la humanidad. Vámos hácia la luz nó hácia las tinieblas. Caminamos á Oriente, nó al Ocaso. Esa claridad inefable que encontramos despues de los sombreros dias de los tiempos históricos, segun caminamos contra la corriente de la vida humana, anuncia el principio del mundo; anuncia los dones de la divinidad, el estado mas varonil y enérgico de nuestra raza. Debe de sér así por fuerza; pues al acercarnos á la obra principal del Autor del Universo debemos encontrar el sol y no la tiniebla: los confines de la mansion del Altísimo deben manifestarse llenos de luz.

¿Tiene razon esa filosofia que se dirige incansable á cortar los vuelos del entendimiento?

— Ninguna: esa filosofia es el mayor de todos los males. El hombre sabe por su conciencia lo que es malo y lo que es bueno; pero tiene siempre libre alvedrio. Matar el libre alvedrio es la mayor de todas las iniquidades. Esa filosofia lo que logrará será hacer hipócritas pero no héroes. La conducta del hombre debe sér, respetar el dógma, venerarle, defenderle; en lo dudoso es libre; en todas las cosas debe proponerse y practicar el mas profundo y tierno amor del Supremo Sér y de nuestros hermanos.

¿En dónde tiene su origen el estilo árabe en lo tocante á los monumentos del arte?

— El mundo primitivo se compendió todo en Roma. La civilizacion romana llevó consigo los conocimientos inspirados por el Criador y los progresos de la cultura del mundo profano. Un cóno inverso. Roma cayó; pero dejó un heredero en el Imperio de Oriente. De ese imperio, de Bizancio, han venido á nosotros los conocimientos que despues se dispersaron por el órbe y variaron luégo los di-

versos púeblos segun su génio. Un cóno récto pegado por su cúspide al cóno inverso de la historia antigua. Roma y Bizancio són el lazo de unión. Y de aquí la necesidad de esa lengua, de esos conocimientos clásicos que nos ponen en comunicacion con nuestros primeros pádres. Aislárnos, renegar de nuestros mayores es suma retrogradacion é ingratitud indisculpable.

¿Cómo tendremos un language universal?

— Es de suponer que ántes del fin de este globo que habitamos han de desarrollarse en él todos los elementos que se le diéron, porque de otro modo ellos hubieran sido creados en vólde. En nuestros dias se verifica el desarrollo de la inteligencia. Pero el desarrollo de un principio exige método. El mejor language universal es el que viene con el hombre compañero de su historia. La lengua del Lácio se halla en este caso. Un hombre vulgar que se encargase de la defensa de la lengua latina se contentaría con manifestar, cuanto más, su indisputable excelencia. Hay que añadir á esto, que esa lengua preciosa, sobre ser madre, es el bróche de unión del mundo moderno, de la civilizacion nuestra con la antigua. Además, el latín de hecho ya es lengua universal. Se concibe que el hombre busque lo que no tiene; pero es inconcebible que se afane en proporcionarse lo que ya posee. Desde la momenclatura del arte y de la ciencia hasta el apogeo de aquél y de esta, si hemos de hacer cosa de provecho, tenemos necesidad de hablar latín.

ALTA INDÚSTRIA INGLESA.

MR. SEWILL, DE LIVERPOOL.

Las Exposiciones universales no pasan en vólde; durante la natural curso de ellas los hombres entendidos piénsan, y concluido el grán espectáculo fórman el juicio exacto de los adelantos que se han hecho y de los defectos que se deben remediar.

Mr. Sewill ha observado que la fabricacion inglesa, en lo que hace y toca á la relojería, si bien se halla á grandísima altura en lo perteneciente á la máquina, puede lograr una gran belleza y comodidad desconocidas hasta ahora. El fabricante (dice este hombre tan acreditado), habia pensado hasta ahora mucho más en lo interior del relój que en lo exterior, y despues de haber logrado su objeto Mr. Sewill anuncia su progreso á la faz de todo el mundo.

Y hará dentro de poco un viáje por nuestra nación, y presentará un admirable surtido para todas las fortunas que nada deje que anhelar. El Relogero de la Real Casa de Inglaterra, el cronometrista de los Lores del Almirantazgo de Londres expondrá su inmenso y sin igual surtido de gran lujo y de extremada baratura, segun se quiera. Y propone arreglos, cámbios y agencias á quien las desée. De manera que esta admirable industria que mide la navegacion, que penetra en los secretos del tiempo, que nos enseña el lugar que ocupamos y cuenta úno á úno los momentos de la existencia, reúne en las manos del opulento fabricante de Liverpool la solidez inglesa á la belleza francesa y alemana.

Hay más: muchos amigos de M. Sewill, noticiosos del viáje que este señor vá á verificar por las capitales de España, le han autorizado para la compra de toda clase de joyería, por la que se pagará el más alto precio inglés. Compra sin limitacion hasta cualquiera suma.

De este modo los caminos de hiero nos hacen cosmopolitas y nos proporcionan la inmensa ventaja de beber en la fuente con economía y comodidad. Anunciaremos oportunamente la llegada del laborioso y entendido viagero.

Céntró de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocadio Lopez, calle del Cármén, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deséen números de este periódico dirigirán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos, —3-2.º—Burgos, librando el importe.

Céntró de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timotéo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.º

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martinez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.º 17.